3.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1859

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

POR

EL D.R D. IGNACIO VIDAL,

CATEDRÁTICO DE MINERALOGÍA Y ZOOLOGÍA,

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO DE 1859 Á 1860.



IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.

Señores:

Si en este siglo, que con tanta razon merece el nombre de ilustrado, hay alguna fiesta social que de él sea digna, es sin duda la que hoy motiva la anual inauguracion de los estudios; fiesta consagrada á la ciencia, que es el mas alto privilegio de la especie humana. Así lo han reconocido todos los pueblos cultos, creyendo fundadamente que la grandeza de esta funcion pública simboliza la de la misma civilizacion; y el nuestro, que á ninguno cede en amor al saber, se prepara á celebrarla con la grave ostentacion que requie-

re su augusto objeto. Tal vez en un principio debió de ser como un modesto regocijo de familia y sencillo desahogo de alguna escasa reunion de filósofos ó literatos lo que ahora ha llegado á constituir una importantísima solemnidad, prescrita por nuestro celoso Gobierno, autorizada por sus representantes y los de las mas notables corporaciones científicas y literarias, y esclarecida por la asistencia de la parte mas inteligente de la sociedad. Todos vienen á dar esplendor á tan fausto aniversario; que en verdad lo es para el profesorado, cuya voz se levanta hoy á un mismo tiempo de todas las Universidades del reino en alabanza de la ciencia y en agradecimiento de su adquisicion por medio del estudio, y lo es tambien para esa nueva generacion tan exuberante de vida y tan llena de esperanzas, que, á la manera de los pueblos egipcios cuando festejaban la periódica crecida de su sagrado y magestuoso Nilo, por recibir con la inundacion de sus tierras todos los dones de la prosperidad, comprende que el dia de hoy encierra cada año para sí un brillante porvenir de gloria y de ventura, cifrado en la posesion de la sabiduría.

Deber es, pues, de nuestra antigua escuela

el ensalzar un acontecimiento que tan justamente llama la pública atencion y atrae á este recinto venerando tan numeroso como escogido concurso; deber que obliga hoy al último de sus profesores á interpretar desde aquí sus sentimientos y esplicar la satisfaccion de que parece penetrado. Ni mi ánimo, Señores, ni mis recursos son para venir á ocupar un sitio que tantos otros de mis dignos compañeros han enaltecido con su fácil y elocuente palabra; pero una voluntad superior, que en vano traté de resistir, me ha designado para tan honroso encargo, y debo obedecer, aunque con todo el temor que naturalmente me infunden la magnitud de la empresa y la ilustracion del auditorio. Mucho necesito de su generosa indulgencia para llevar á cabo mi propósito; y confiando alcanzarla, me atreveré á presentarle unas breves y sencillas reflexiones acerca del significado de la festividad actual. Si su fin es, como ya he dicho, la justa exaltacion de la ciencia, séame permitido discurrir ligeramente sobre la inmensa importancia de este nobilísimo don de la inteligencia humana, y apuntar de paso las graves obligaciones que impone su posesion. Con ello creeré haber desempeñado

mi árdua tarea, esperando que la grandeza del asunto supla la insuficiencia de mis facultades para tratarlo cual merece.

Considerada la ciencia del modo mas general y filosófico, es el conocimiento razonado de la verdad; y como ésta, dice un eminente escritor contemporáneo, es necesariamente una y universal, puesto que de Dios proviene y va á parar á Dios, verdad original segun el ilustre Bossuet y causa primera de todas las cosas, es forzoso que la ciencia tenga tambien la unidad por esencia y fundamento. Pero la verdad única no existe sino en el entendimiento supremo; Dios la posee y el hombre la busca sin llegar mas que á presentirla, como se presiente por un rayo de luz el foco de donde emana. Si el profundo D'Alembert se atrevió á afirmar que el universo, para aquel que pudiera abrazarlo todo de un golpe de vista, no seria mas que un solo hecho y una grande verdad, sabemos que tan sublime concepto filosófico no puede realizarse; y por ello se ve que renunciando el hombre á encontrar esa verdad única y universal que constituye la ciencia, se dedica á la investigacion posible, aun cuando difícil, de las verdades parciales

que se hallan diseminadas y suponemos contenidas en la verdad primera, y dan orígen á las varias ciencias que cultivamos, tendiendo en su progresivo desarrollo á componer un todo comun, del mismo modo que las aguas de nuestro globo, venidas de la atmósfera unas y de las entrañas de la tierra otras, corren por su dilatada superficie hasta mezclarse y confundirse en un solo océano. Si la ciencia que resume y sublima todas las demás puede llevar algun nombre propio, ninguno le conviene mejor que el de Filosofía, tal como lo han comprendido los mas acreditados escritores de todas las edades; en cuyo caso, las ciencias parciales que á ella se refieren, formarán los diferentes capítulos del grande y precioso libro que el hombre debe leer par alcan zarla. Muy crecido es su número en realidad y muy difícil su clasificacion racional, pues cada siglo ha visto aumentarse el catálogo de nuestras nociones y variar su coordinacion con arreglo al punto de vista bajo el cual se estudiaban; mas sin hablar de la idea enciclopédica de Aristóteles, ni de la arbórea de Bacon, ya antes indicada por nuestro Raimundo Lulio, es cosa sabida que las ciencias pueden dividir-

se: 1.º segun el modo de adquirir sus principios, en ciencias racionales y esperimentales; 2.º por el fin á que se encaminan, en teóricas ó especulativas y aplicadas ó prácticas, y 3.º segun el objeto de que tratan, en ciencias divinas, humanas y naturales. Este último concepto, formulado por el célebre Descartes, prevalece en nuestros tiempos, sirviendo de fundamento á los muchos planes científicos que recientemente se han publicado y entre los cuales se distingue por su exactitud y claridad el que hace pocos años espuso el docto Geoffroy á sus alumnos en la escuela de París. Si las ciencias, dice este discreto profesor, consisten en el conocimiento de las verdades, segun éstas fueren, así serán aquellas; por manera que las verdades absolutas ó abstractas constituirán el objeto de las ciencias matemáticas, y las verdades relativas el de todas las demás ciencias; llamando físicas á las que se ocupan en el exámen de las verdades referentes á la materia, ciencias biológicas á las que inquieren las verdades propias de la vida ó de los séres vivos, y ciencias sociales las que estudian y penetran las verdades que atañen á la humanidad.

Si me he detenido en traer estas ideas, quizá sobrado elementales, á la memoria de tan entendido concurso, esponiéndome á ofender su ilustracion, ha sido para llegar mas fácilmente á la consecuencia principal que de ellas intento deducir, cual es la grande importancia que como ocupacion tienen y merecen tener las ciencias todas. Con efecto, Señores; adquirir cabal conocimiento de todo lo que existe para elevarse de verdad en verdad hasta donde alcance la inteligencia, y hacer de las verdades conquistadas la debida aplicacion en beneficio público, es, á no dudar, la tarea mas noble y mas digna del hombre; y cuantos ingénios han dado cima feliz á semejante empresa, recibieron y recibirán, en legítima y perpétua gloria, el justo tributo de agradecimiento de la posteridad. Cierto es que no á todos fue otorgado el privilegio de distinguirse en la parte teórica con igual ventaja que en la práctica de las ciencias; pues vemos que unos han consumido sus fuerzas en el establecimiento de los principios ó bases de la teoría, al paso que otros las han dedicado á descubrir sus aplicaciones mas trascendentales; todos, sin embargo, han merecido y alcanzado el competente

galardon de la humanidad reconocida. Bien supo apreciar la antigua Grecia á sus famosos sábios; y si colocaba entre los héroes á los insignes capitanes que tan alto levantaron su nombre y poderío, concedia los honores de los dioses á los modestos inventores de las primeras artes útiles. Nuestra edad ha sido igualmente justa para con el mérito de los llamados hombres grandes de todos los tiempos y naciones; por ello estima á los sábios en mas que á los conquistadores, y siente no haber conservado memoria de aquellos oscuros obreros que fundaron las diferentes industrias, para rendirles el homenage de respeto que requiere la inmensa valía de los beneficios que han dispensado á la sociedad. ¿Quién al recorrer la historia y comparar la importancia de sus mas culminantes figuras, no dará la preferencia, por citar algunos egemplos, á un Aristóteles sobre su magnánimo alumno y protector Alejandro, á un Ciceron sobre su amigo el gran Pompeyo, á un Alberto Magno sobre su contemporáneo el terrible Gengis-Kan, á Descartes y Newton sobre Luis XIV y Pedro el Grande, á Jovellanos, Cuvier, Aragó y Humboldt sobre cualquiera de los ilustres guerreros de su épo-

ca? Y si pudiéramos saber quién fue el primero que cultivó el trigo, quién el que enseñó á cocer el pan, quién el que domesticó el perro y domó el caballo, quién el que forjó el hierro, quién el que construyó el primer barco, y quiénes fueron tantos otros desconocidos inventores de las cosas mas necesarias ó mas útiles al género humano, ¡cuán grato seria su recuerdo, y cuán digno de consignarse en los anales de la civilizacion!

Pero no debemos medir la importancia de la ciencia tan solo por el glorioso renombre que sus adeptos y propagadores han dejado ó dejarán en el mundo, sino que ha de calcularse tambien, y con mas segura razon, por el intrínseco valor que ella posee, y por los recursos que proporciona á la humanidad. ¿Hay alguno que desconozca acaso el prodigioso alcance de esa fuerza viva y perene de la perfeccion social? Si nos fuera dado trazar á grandes rasgos la historia de los adelantos del espíritu humano, á la par que la de la cultura misma de las varias naciones de la tierra, aparecerian con toda su luz el continuo progreso del saber y su influjo incontestable en el destino de los hombres. Viérase la ciencia en sus primeros

pasos escudriñar con osadía los arcanos de la naturaleza, y deleitarse en sus propias contemplaciones, creyendo haber llegado desde luego á la posesion de la verdad, y sacando apenas consecuencias prácticas de los escasos conocimientos adquiridos: en esta primera evolucion nos admirarian tanto los brillantes sistemas filosóficos sobre la historia del mundo, como sus estrañas y contradictorias deducciones, convertidas en reglas de conducta para las sociedades. Si asistiésemos despues al verdadero desarrollo de la ciencia, al salir de la larga y general oscuridad de los tiempos medios, la veríamos recoger paciente y laboriosa los mutilados restos de las antiguas doctrinas, emprender el exámen de todos los hechos y la pesquisa de todas las verdades, acumulando sin cesar preciosos materiales para la construccion del edificio científico, y caminando con paso firme y velóz, á favor del nuevo método de investigacion que en la análisis habia encontrado: en este segundo período nos asombraria ciertamente el vigoroso crecimiento de todos los ramos del árbol de la ciencia, y su estremada division por efecto del constante y esmerado cultivo de todos los conocimientos

que adquiria ; sin que nos sorprendiese tanto la inmensa copia de hechos observados, como la moderacion de los autores en imaginar sistemas para esplicarlos. Viniendo, por fin, á nuestra propia edad, nos complaceria ver aumentada, por un lado, la masa de las nociones científicas y mejorada su clasificacion en provecho del mas exacto deslinde de las ciencias, y estrechadas, por otro, las relaciones que las unen entre sí para formar ese todo, que, como ya se ha dicho, constituye la única filosofía aceptable, y concentrarse, segun los alcances de la humana inteligencia, en el foco siempre esplendente de toda verdad y de una sola verdad universal.

Tal fuera, Señores, el aspecto de la ciencia en las tres fases sucesivas de su orígen, desarrollo y estado actual, que dan por resultado la confusion de los conocimientos en la primera, su exagerada division en la segunda y su union armoniosa en la última. Si deseamos ahora llegar á la consecuencia práctica que ofrece tan interesante historia, es preciso entrar de lleno en la del hombre mismo; pues cualquiera que la lea con ánimo reflexivo é imparcial, comprenderá fácilmente la influen-

cia maravillosa del saber en todos los tiempos. En los antiguos parece entregada la sociedad á los mas feroces instintos de la naturaleza humana. Guerras y conquistas sangrientas por todas partes, ruinas de imperios y repúblicas, groseras supersticiones, leyes bárbaras, industria casi nula, é ignorancia universal, con muy escasas escepciones, son los caractéres propios de una época que apenas entrevió la luz de la instruccion; porque la ciencia se hallaba entonces recogida y custodiada por poquísimos ingénios, que, como los sacerdotes del antiguo Egipto, ocultaban sus dogmas con el velo del misterio, y tan solo los franqueaban al probado mérito de la iniciacion. Recárgase todavía para la edad media el lastimoso cuadro que representa la primera; pues entre la caida de los dos grandes imperios de Occidente y Oriente no se distingue mas que el inmenso aluvion de las hordas semi-salvages del Norte y Mediodía que cubrieron de espanto y desolacion el mundo que Grecia y Roma habian civilizado. Pero así como en la época antigua nos gozamos en admirar á un Sócrates, un Platon, un Aristóteles, un Hipócrates, un Epicteto, un Ciceron, un Séneca y tantos otros que fueron

el esplendor de sus respectivos tiempos, así tambien vemos con deleite que en aquella tenebrosa edad se salvan de la catástrofe universal nombres tan puros como los de San Isidoro de Sevilla y Santo Tomás de Aquino, ó tan insignes como los de Alberto Magno y Rogerio Bacon; y nos llenamos de esperanza al divisar en el término de tan aciago período las figuras de un Copérnico, un Cristóbal Colon y un Guttemberg. Llega por último la edad moderna, y si bien se contrista el ánimo al contemplar todavía tantas guerras inútiles, tantas ambiciones odiosas, tantos crímenes, tanta superstición é ignorancia en la masa de los pueblos, cobra aliento al ver que éstos van poco á poco sacudiendo el yugo del feudalismo y asegurando sus libertades, se templa la rudeza de las costumbres á medida que cunde la instruccion, establece la ciencia su soberanía con la aparicion de Descartes y Bacon en las escuelas, y tomando el vuelo que todos conocemos, no cesa de estender el campo de sus investigaciones y de acrecentar, sobre todo, el número de sus preciosos beneficios.

Este último hecho es el que tal vez domine á todos los demás en nuestro siglo, y el que por

su índole parece haberle ocasionado la calificacion de siglo positivo, ó de los intereses materiales; pero séame lícito proclamar aquí la exageracion y aun la inexactitud de dictado semejante. Nuestra época, no hay duda, es la época del vapor y de la electricidad; y atendido el prodigioso influjo que estos dos agentes han tenido y tienen en la industria humana, no es estraño que sus sorprendentes aplicaciones hayan dado tan crecido empuje á la cultura actual, llevando todas las artes mecánicas á su mayor perfeccion, y tiendan á cambiar el asiento mismo de las sociedades: mas tambien es nuestro siglo el de los adelantos intelectuales y morales de la humanidad; es el siglo de la instrucion primaria y superior, elevadas á un punto hasta aquí desconocido por la mejora de los métodos de enseñanza; el siglo de la concordia de la libertad con el órden público en las naciones mas civilizadas; el siglo, en fin, del santo consorcio de la religion con la ciencia, para ilustrar el entendimiento con la idea mas pura de la Divinidad, y mejorar el corazon con una mas cabal inteligencia de nuestros deberes. Con mas razon pudiera decirse que el verdadero distintivo de nuestra época y

la causa de su indisputable primacía, es la estraordinaria divulgacion de la ciencia y su penetracion en todas las clases de la sociedad; porque al impulso de tan poderosa palanca del progreso humano se deben las grandes mejoras físicas y morales que necesariamente reconocemos en los pueblos que con mas energía y tino la manejan. Es cierto que hasta aquí se hallaba la ciencia reducida á vivir entre pocos, pues era muy corto el número de los que á su estudio se consagrasen; y como hablaban un lenguage que solo ellos entendian, sus débiles esfuerzos no bastaban á remover sino muy de tarde en tarde la masa de una nacion. Pero hoy que la ciencia corre del gabinete del sábio al taller del artesano; hoy que si aquel espone y publica sus doctrinas en libros, academias y congresos, recibe éste en comun con sus compañeros la instruccion de las escuelas populares y lee obras escritas á su alcance para adquirir los elementos del saber, y ponerse en estado de dejar una práctica rutinaria por un nuevo procedimiento racional, hoy podemos afirmar con toda seguridad que la ciencia es el primer elemento de fuerza y de grandeza de las sociedades humanas.

Si no temiera fatigar demasiado la atencion de mi auditorio, haria aquí memoria de las notables opiniones de muchos y muy aventajados escritores en elogio de la ciencia y en favor de la conclusion que acabo de establecer; mas ya que no me atreva á tanto abuso de su benevolencia, me tomaré la libertad de citar algunos pensamientos que refuerzan y esclarecen mis propias ideas. La ciencia, dice un publicista francés de reciente nombradía, suaviza las costumbres, desarraiga los malos instintos, reduce el número de los crímenes y simplifica la accion del gobierno; ella es la que, aplicada á la industria, centuplica en pocos años la prosperidad de la nacion, la riqueza del estado y los recursos del poder: de forma que los descubrimientos mismos de la ciencia pura, los buenos libros y todas las grandes producciones del talento, aun cuando no engendren ningun bien material, son siempre la honra de un pais y el esplendor de un siglo. La ciencia, como espresa el eminente Cuvier, se propone guiar al espíritu humano á su noble destino, que es el conocimiento de la verdad; difundir ideas sanas por todas las clases, aun las menos ilustradas, del pueblo; librar á los hombres del imperio

de las preocupaciones y pasiones y establecer la razon como árbitro supremo de la opinion pública, concurriendo de este modo á adelantar la cultura y haciéndose digna de la proteccion de todo gobierno que trate de cimentar su poder en la base indestructible del bien comun. La ciencia, al decir de otro autor mas jóven y de mas brillante imaginativa, ha salido del antiguo misticismo de la escuela para divulgarse por todas partes y sentar en todas como dogma el progreso constante de la humanidad por el triunfo de la razon. Cada dia publica una nueva victoria sobre la naturaleza: ora sorprende los secretos de la vida en el laboratorio de la química, ora encuentra la historia perdida de nuestro globo en la geología; ya descubre nuevos planetas en los espacios celestes, ya depura la medicina, completa la cirugía y engrandece la dinámica. Pasando luego sin cesar de la teoría á la aplicacion, encierra el gas en conductos subterráneos para dar luz á las ciudades, saca el agua de las entrañas de la tierra por medio de los pozos artesianos, deseca las lagunas, echa puentes sobre los brazos de mar, entrelaza montes y valles con el hilo eléctrico, esplora los abismos con

la campana del buzo, fija los rayos del sol en el daguerreotipo, forma en el agua las rocas con el cimiento hidráulico, dora y platea los metales con la pila de Volta, inflama el algodon como la pólvora, y traspasa, en fin, á las máquinas toda la habilidad del hombre para moler, forjar, amasar, tejer y trasformar la materia. Pero al propio tiempo que así nos ayuda á dominar la naturaleza, nos dirige la ciencia en el progreso mas sublime de nuestra dignidad y escelencia individual y colectiva; pues aumenta y estiende nuestra propiedad fundando el crédito, asegura la paz de los estados estrechando sus vínculos sociales, mejora la legislacion, atenúa los castigos, economiza la pena de muerte, cierra las casas de juego, proscribe las loterías, dá salubridad á las cárceles, instituye las colonias agrícolas, multiplica las escuelas, predica la templanza, funda las cajas de ahorros, organiza la asistencia pública, decreta la abolicion de la esclavitud, y proclama la fraternidad del género humano. Por último la ciencia, segun opina otro de sus mas ardientes propagadores, es la fuerza destinada á fundar en el mundo un nuevo órden de cosas en perfecta armonía con la naturale-

za, el hombre y Dios. Era en un principio humilde ausiliar de las artes; mas no tardó en apoderarse del puesto de honor que le correspondia y en sujetar á todas á su legítimo dominio. Para ello empleó el mas ímprobo trabajo, examinando todos los hechos y repasando todas las observaciones, á fin de sacar partido de todos los acontecimientos. Para ella se estendia la navegacion y se activaba el comercio; para ella esploraban los hombres nuevas regiones y recogian los varios productos de la tierra; todo lo recibia la ciencia con afan y todo lo utilizaba en provecho propio. Aun las cosas mas pequeñas que el vulgo mira sin detenerse un momento á reflexionar sobre ellas, eran para la ciencia asunto de graves meditaciones y orígen de maravillosas consecuencias: la caida, por egemplo, de una piedra ó la oscilacion de una lámpara dábanle motivo para esplicar el movimiento de los astros. Pero despues de haber analizado todos los hechos y sometídolos al crisol de su juicio y esperiencia, los devolvia al mundo trasfigurados y convertidos en preciosas aplicaciones; pues ofrecia á la agricultura y economía rural nuevas plantas y animales, á la medicina nuevos y mas acti-

vos remedios, á las artes todas procedimientos superiores al viejo empirismo, y á los dogmas de la legislacion y del gobierno mas altas verdades intelectuales y morales. Así ha llegado la ciencia á ser la suprema imperante en el mundo; y al verla difundida por do quiera, merced á su prodigiosa estension por la imprenta y por la enseñanza, no exageraremos al decir que forma nuestra atmósfera espiritual y que sin ella es tan imposible para el hombre el vivir, como sin aire el respirar.

Esta es, Señores, á mi modo de ver, la fiel representacion que puede hacerse de la escelencia é importancia del saber humano, cuando para probarlas recurrimos á la historia misma de nuestra civilizacion. De tan clara prueba se deriva otra no menos clara consecuencia, que me parece del mayor interés, y cuya esplanacion va á poner término á este discurso. Si la ciencia es, como hemos visto, no solo grande y útil, sino necesaria y sublime; si satisface cumplidamente la dignidad del hombre, demostrando la superioridad de su inteligencia con la comprension de todo lo creado; si multiplica inmensamente sus fuerzas còn el dominio entero de la naturaleza, y si le erige, por últi-

mo, en rey de la tierra, poniendo en sus manos los medios de aumentar su bienestar individual y de perfeccionar la sociedad en que vive, es, sin duda ninguna, para que tenga debido cumplimiento el magnífico destino que la Providencia le ha señalado. Hay, pues, para nosotros, obligaciones que llenar, emanadas de los propios derechos que poseemos, las cuales se compendian en el mas cabal conocimiento y en la mas firme observancia de las leyes que nuestra inteligencia ha llegado á averiguar é inferir del estudio de la naturaleza, de nosotros mismos y de nuestro Criador: leyes, cuya obediencia ó infraccion acarrean forzosamente nuestra felicidad ó desventura. El hombre, como ser físico, se halla en relacion con todo cuanto le rodea y en absoluta dependencia de los principios que rigen todo el universo: por ello es deber suyo comprender estos principios mediante la observacion de los cuerpos y fenómenos cuya existencia gobiernan y obrar en armonía con ellos, para aprovecharse de unos y librarse de otros segun su propia conveniencia; pues no de otra manera establecerá su soberanía en la creacion. Es el hombre, además, un sér espiritual, inteligente

y social en alto grado, que goza de eminentes facultades dirigidas por los ocultos motores que llamamos conciencia y voluntad: el exámen, pues, de aquellas íntimas potencias y la deduccion de sus leyes darán las reglas de conducta que debemos seguir en nuestras recíprocas relaciones, con el objeto de asegurar la libertad, la paz y la virtud y con ellas la prosperidád de las sociedades. Hay, en fin, dentro de nosotros un elemento mas sublime todavía, cuyo impulso misterioso tiende sin cesar al supremo conocimiento y eterna posesion de esa causa primera de todas las cosas, que resume en su esencia infinita el poder, la sabiduría y la bondad; aspiracion divina que importa fomentar sobremanera, porque sin ella serán vanos nuestros esfuerzos para descubrir y esplicar el asombroso arcano de nuestra propia naturaleza, y en ella ha de fundarse nuestro propósito de merecer y alcanzar el glorioso porvenir que nos está reservado.

Estas obligaciones generales que la ciencia impone á la humanidad se comprenden y pueden egecutarse mejor, cuanto mas estensa sea la adquisicion del saber, ó en otros términos, cuanto mas cumplida la posesion de la verda-

dera filosofía; de esa ciencia de las cosas divinas y humanas que nos guia al deber por medio de la inteligencia, segun la bella definicion adoptada por tantos y tan discretos ingenios. Con efecto, Señores; despues de haber el hombre recorrido el estenso campo de la naturaleza para conocer sus admirables principios y llevar á cabo sus benéficas aplicaciones, entrará dentro de sí y estudiará las leyes mas profundas y no menos sorprendentes del espíritu, con el fin de inferir las reglas que han de servirle de norma en la sociedad; y penetrado de reconocimiento hácia el escelso autor de tanta maravilla como descubra en el mundo y en sí propio, se elevará respetuosamente al Sér supremo, para adorar humilde y cumplir diligente sus preceptos. Este es el único medio de hermanar la mas vasta ciencia con la religion mas pura, empresa entre todas digna de nuestro siglo y desempeñada ya con tanto brio como acierto por muchos filósofos y moralistas de grande y justo renombre. La ciencia, dice entre otros el ilustre Degerando, estudia al hombre y la naturaleza, examinando las leyes del mundo y las facultades que nos levantan sobre él, y deduciendo de esta investigacion los tres be-

llos resultados, verdad, deber y felicidad; pero pasa adelante, y al divisar mas allá del tiempo y del espacio á Aquel por quien todo existe, vive y se mueve, entrega al hombre en manos de la religion, que es la única que puede esplicar y cumplir su destino. Así rinde la ciencia el tributo de la razon á su Criador; y satisfecha de haber completado la cadena de los séres y concluido su obra, tiene la complacencia de encontrar en la religion, nueva vida, nueva luz y nueva sabiduría.

Si, pues, tan grande es la dignidad de la ciencia y tan indispensable su posesion para todo hombre que aspira á merecer su encumbrado lugar en este mundo; ¡cuán augusto é imperioso no ha de aparecer á nuestros ojos el deber que los maestros tienen de enseñarla y los alumnos de aprenderla! Unamos todos por ello nuestros esfuerzos para conseguir tan alto objeto. Vosotros, comprofesores respetables, que conoceis mejor que yo la importancia del noble magisterio y la estension de sus graves obligaciones, tan solo habreis de seguir cumpliéndolas como hasta aquí, para presentar á vuestros discípulos la doctrina científica con toda su pureza y

claridad; y vosotros, jóvenes estudiosos, esperanza de nuestra amada pátria, permitidme que os anime á perseverar en el digno propósito que os ha conducido á este antiguo templo del saber, y que en nombre de la escuela os diga: recoged con cuidadoso afan la docta palabra que vais á oir; hacéosla vuestra, como fruto que ha de ser de vuestro asíduo trabajo; y de este modo cuando hayais adquirido los dogmas de la ciencia, podreis ciertamente estenderlos y aplicarlos en beneficio comun y propio, labrándoos un seguro porvenir de fama y bienestar, y contribuyendo á la mejora material y perfeccion moral de la sociedad. He dicho.